

**Antelo, Estanislao – Redondo, Patricia – Zanelli, Marcelo
(comp.) *Lo que queda de la infancia: Recuerdos del Jardín.*
Buenos Aires, Homosapiens, 2010. 166 páginas,
ISBN; 978-950-808-625-9**

Marianela Perafán y Marilina Peralta
Universidad Nacional de La Plata

“Los cronopios, en cambio, esos seres desordenados y tibios, dejan los recuerdos sueltos por la casa, entre alegres gritos, y ellos andan por el medio y cuando pasa corriendo uno, lo acarician con suavidad y le dicen: «No vayas a lastimarte», y también: «Cuidado con los escalones.»”
(Cortázar, Julio. *Historias de cronopios y famas*, 1962)

Hay una gran bulla y puertas que golpean. Desordenadas y tibias, las cosas que nunca sucedieron combaten a duelo por hacerse palabra. ¿Qué es un recuerdo? ¿Un invento? ¿Una representación ficticia de lo que ha quedado en la memoria? ¿Substancia que nos dice que hemos sido algo? ¿Hemos sido niños? ¿*Cómo sabemos realmente que hemos sido niños?*

Las preguntas que comulgan aquí son tan conflictivas como decir que *la infancia nunca tiene lugar y sólo ocurre para los adultos, espectadores rezagados entrenados en el después*. ¿Después de qué? Después de que las vestiduras de la adultez desplacen a todas aquellas otras posibles, de talles más pequeños y de todos los colores: de los conflictivos, de los felices, de los aturdidos, de los sórdidos, de los fugaces, de los reales, de los fantaseados. De todos los colores.

Estanislao Antelo (pedagogo, investigador), Patricia Redondo (investigadora y profesora universitaria) y Marcelo Zanelli (psicólogo, ha trabajado en cine, radio y música), se han ocupado de la tarea de invocar el “autoengaño” invitando a treinta y ocho personas a relatar aquellos recuerdos de infancia escolarizados: los recuerdos del Jardín de Infantes.



No es cualquier invocación, ni mucho menos inocente ni al azar. Treinta y ocho personas del microcosmos de la adultez han repasado sus historias de los inicios de su escolarización. Como se lee en el dorso del libro, puede ser que se trate de “*relatos de lo que efectivamente ocurrió, relatos de los que nos hubiera gustado que ocurriera, y relatos de lo que no ocurrió nunca*”.

Existen relatos que podrían no haber existido nunca. Hablar sobre infancia, sobre *Lo que queda de la infancia*, supone apropiarse de una palabra, un concepto que no siempre existió, y que cuando existió no se visibilizó uniformemente en el lenguaje de quienes se ocupan de significarla.

Comenzar a definir qué se entiende por infancia implica una revisión histórica. No en todos los tiempos, no en todas las épocas, la categoría infancia fue definida de la misma manera. La mayoría de las concepciones han sido construidas desde posiciones reduccionistas basadas en una perspectiva adultocéntrica. Es así como se significa a la infancia en una determinada sociedad que no puede ser pensada aisladamente de cómo se configura la adultez. Desde este posicionamiento se considera al niño inseguro de sí mismo, como ser en transición, no productivo, incompleto, sin deseo, desviado, peligroso, como así también un ser del futuro.

Para entender a esta categoría como construcción social, es necesario pensarla desde su condición de transitoriedad, inmersa en las relaciones de poder de una determinada sociedad, atravesada por las relaciones de género y de clase y desde su carácter heterogéneo.

Por lo tanto, el concepto de infante, no se define tanto por una demarcación etaria, sino por un conjunto de atributos sociales, económicos, políticos y culturales, por lo que no se puede pensar en esta categoría desde una perspectiva ahistórica, puesto que la dinámica de los procesos sociales supone una diversidad de “infancias” significadas desde el imaginario social de la época y desde la perspectiva de clase; lo que determina lugares, posibilidades y límites de participar en la sociedad¹ Esto significa, que no existe una relación unidireccional entre la edad biológica y la edad social. Esta relación se presenta de manera compleja atravesada por procesos históricos, sociales y culturales que se inscriben en una determinada sociedad. Esta red compleja de procesos se materializa en definiciones dominantes sobre la manera adecuada de ser niño, conduciendo a miradas que estereotipan y que reproducen a los niños desde la imposibilidad². Se podría decir que siempre existió la preocupación estatal por las infancias flotantes y marginales en los procesos de normalización de la niñez. Su materialización, su medio, su mano: el Jardín.

En este sentido, describir el relato de Albertina Carri (directora, guionista, investigadora argentina), sería ensombrear la lectura de quien decida entrometerse en las narraciones de este libro; pero se cree pertinente adentrar a la lectura de este relato en su significación en cuanto al afán normalizador y a los mandatos sociales de la niñez, el cual visibiliza las relaciones de poder entre las instituciones sociales y los sujetos que éstas consideran como “infancias”.

Los olores, los colores, los sustantivos en diminutivo, las emociones actuales y la impresión de aquellas del pasado como si fuesen hoy reales, las secuencias sutilmente detalladas, o esquemáticamente incorporadas, son los lugares desde los cuales los autores consiguen encontrar aquellos recuerdos de la infancia, que muchas veces son tomados como meros recuerdos de niños, y que de un modo muy particular se inscriben en los relatos escolares como “*Primeros aprendizajes, dibujar, tejer, plegar, tocar, bailar, primeras obediencias escolares*”.

Carlos Skliar, Rosario Bléfari, Chiqui González, Arianne Hecker, César Leite, Graciela Frigerio, son algunos otros de los nombres que firman los relatos. Músicos, cineastas, educadores, actrices, escritores, deportistas, semiólogos han puesto sus nombres a lo que alguna vez le pusieron el cuerpo, el cuerpo del infante.

Sabia e intencionalmente, los compiladores han decidido que sean ellos, y no otros, quienes repasen, deliberadamente o no, dimensiones de la niñez como el juego, la educación escolarizada, los mandatos sociales, los discursos alrededor de esto de ser niño, y la cultura, como dimensión que atraviesa indefectiblemente a todas estas dimensiones.

Desde lugares distintos, pueden leerse entre líneas diversas concepciones de infancia. Las palabras se deslizan más allá de lo que dicen, y quizás sea en este aspecto donde vive el espíritu de este libro: lo heterogéneo de la experiencia y lo que cada uno ha hecho con ella. Su recuerdo. No cualquier recuerdo.

Desde el prólogo se adelanta que los relatos que componen este libro hilvanan recuerdos ligados al Jardín: “*Jardín edulcorado en la imaginación de infancias siempre felices, interrumpido por la novedad del temor y la angustia que toda separación provoca. Jardines que liberan la voz, el cuerpo y la imaginación, o jardines donde la humillación circulaba como moneda corriente*”. Dicen los autores, “*el jardín se puebla de imágenes superpuestas, inscriptas en un tiempo de inicio, inicio de despertares a lo permitido y a lo prohibido, a los rituales repetidos a lo largo de la trayectoria escolar*”.

La lectura de este libro puede suscitar el carácter retrospectivo del lector, el encanto casi experiencial y vívido que produce; lo que permitiría dilucidar qué lugar se le ha dado a la lectura, el del repaso de carácter identificatorio de las palabras.

Quizás puedan existir otros lectores que tomen esta compilación como sustancia para analizar lo que subyace, lo que se dice y lo que se esconde, o cómo se dice lo que se dice y por qué. Es decir, para estudiar a la infancia desde el recuerdo del recuerdo que es, en definitiva, lo que se imprime en nuestras conciencias adultocéntricas, y que como se señala en el prólogo del libro, el pedagogo italiano Francesco Tonucci, ha representado mediante el dibujo a este “*conjunto móvil de operaciones prácticas que todavía caben en la palabra educación*”.

Como dicen los autores del libro que se reseña, es un libro que habla de lo que los objetos han hecho en nosotros. Libro de miedos y sufrimientos: “*Y bueno, me iba con mi monstruo, con mi miedo, con mi patio, siempre me preguntaba qué hacía allí, le tenía miedo a la crueldad de ciertos chicos...*”, de júbilos y algarabías: “*Sabía que en*

la bolsita que habíamos preparado con mamá y papá estaban los útiles de clase, que yo manejaba (...) Escribía letras que memorizaba de los carteles de la calle y preguntaba su nombre, recortaba modelos de papel para mis muñecas... actividades que me encantaban y se sumaba a la preferida... ”. Marcas o huellas: impresiones profundas y duraderas, vestigios obstinados.

Lo que queda de la infancia: Recuerdos del Jardín, da cuenta de las inscripciones que quedan en la memoria de lo que alguna vez se creyó haber vivenciado como infantes. Estas inscripciones, al igual que la categoría de infancia, juegan “*inscribiendo en el tiempo permanencias y transformaciones, dando visibilidad a las huellas del pasado en la experiencia infantil del presente*” (Carli, 2006:14).

Notas

¹ Scarfó, Francisco; Perafán Marianela, Perez Lalli Florencia (2008) “*Educación con Jóvenes menores de 18 años privados de libertad*”. Una aproximación a la situación Argentina. Revista digital.

² Imposibilidad es un concepto utilizado por Duschatzky, S. y Corea, C. (2002) en “Chicos en banda”. Editorial Paidós.

Bibliografía

CARLI, S.: “*La cuestión de la infancia: Entre la escuela, la calle y el shopping*”, Paidós. Buenos Aires, 2006.